

Recensioni

José Manuel CUENCA TORIBIO, *Iglesia y Cultura en la España del s. XX*, Madrid, Actas, 2012, 519 pp.

José Manuel Cuenca se atreve en este valiente libro con un asunto tan denso como difícil. No trata de aproximarse a las relaciones entre la Iglesia y la cultura españolas de la pasada centuria, sino que quiere retratarlas, seleccionando algunos casos, sin duda, pero entendiendo que los trazos que se aportan bastan para conseguirlo.

El modo en que se estructura la obra ayuda a entender cómo se ha concebido. Tiene tres partes diferenciadas cronológicamente: primera, de los comienzos de siglo a la guerra civil; segunda, el franquismo o posguerra, como el autor prefiere decir; y tercera, el tardofranquismo y la transición. La primera parte da lugar al primer capítulo: «El desafío de la modernidad: una respuesta alicorta», la segunda al tercero: «La posguerra, ¿una ocasión perdida?», y la tercera al quinto: «El posconcilio y la transición: un paisaje sin cambio». Los capítulos intercalados, el segundo y el cuarto serían, según avisa el autor «extensas explicitaciones o ejemplos de lo desarrollado, respectivamente en el inicial y en el penúltimo» (p. 11). En realidad, me parece, son otra cosa, porque el segundo («La contribución de la ACNP y el Opus Dei a la cultura española») termina por centrarse cronológicamente en los años posteriores a la guerra, lo mismo que el cuarto («Un catolicismo contradictorio: conversaciones y polémicas [1950-1965]»). Además, como este resulta ser el penúltimo, parece que hemos de entender que sería una «extensa explicitación o ejemplo» de lo tratado en el antepenúltimo. Basta esta descripción de la organización del texto para percibir en él cierta incomodidad cronológica, sensación que en mi caso se ha confirmado con su lectura.

Otra peculiaridad del meritorio trabajo que Cuenca nos ofrece es la generosa dimensión de sus notas, que se sitúan al final de cada capítulo. El autor justifica su decisión y deja al lector el trabajo de armonizar la doble lectura a la que aboca su método.

La obra es una gigantesca colección de datos, sobre todo acerca de autores y publicaciones católicas en la España del siglo XX. Una de sus tesis es que en ese periodo el problema de la producción cultural católica española no fue nunca de cantidad, y no

cabe duda de que sus pormenorizadas citas de aportaciones bastarían para demostrarlo. Se detiene también en algunas destacadas iniciativas culturales, sobre todo si han dado lugar a publicaciones, y es muy frecuente que ilustre sobre los estudios que se les han dedicado. En definitiva, el autor da unas pruebas de erudición abrumadoras y justifica su fama de ser uno de los más competentes y atentos conocedores del tema. También confirma sus antecedentes en materia de expresión escrita, tan pulida como alejada de la sencillez gramatical.

Por estas páginas desfilan, además de las instituciones mencionadas en los títulos de capítulos, un buen número de obispos, las órdenes religiosas más activas culturalmente (jesuitas, dominicos y agustinos), las universidades de la Iglesia y otros centros de estudios superiores, las revistas de Teología, Derecho Canónico o Historia de la Iglesia, los colegios de enseñanza católica, la prensa confesional, los sellos editoriales (a los que dedica particular atención), las fundaciones, autores concretos (Marcelino Menéndez Pelayo, Ángel Herrera, José María Pemán, Luis Díez del Corral, Julián Marías, etc.), y los encuentros que protagonizan el penúltimo capítulo: las Conversaciones de San Sebastián, las de Gredos, los Coloquios Salmantinos, las Conversaciones de Intelectuales Católicos de Poblet, las de San Esteban, etc. En definitiva, si el texto no puede ser un elenco completo de la actividad cultural católica de esos años, tampoco es parco en la descripción de casos concretos. Ahora bien, como no podía ser menos, se dejan fuera elementos de la vida cultural de indudable importancia en estos años, como son la radio y la televisión, y en general cualquier medio de comunicación que no sea prensa escrita. Cuando se habla de cultura, pues, debemos entender aquí cultura escrita, y frecuentemente la más depurada. Y aún la escrita, inevitablemente, no toda.

La tesis de fondo del libro es que la vida cultural española de la pasada centuria ha estado dominada por unas *élites* alejadas de la religión, y esto a pesar de un esfuerzo de producción cuantitativamente exitoso de los católicos, que no alcanzó casi nunca calidad suficiente para competir con sus adversarios. Faltó talento y calidad en una producción que resultó tan cuantiosa como mediocre. Habría contribuido también a ese fiasco cultural el predominio de una mentalidad intolerante en ambos bandos que solo admitía victoria o derrota. En ese esquema, los irreligiosos se atrincheraron en su victoria y los católicos les siguieron el juego con un victimismo que los confirmó en su posición de derrotados. En síntesis, como recuerda citando a Ramiro de Maeztu, «las letras españolas, antes tan impregnadas de cristianismo medular, derivado de sus grandes teólogos, son hoy, desde hace muchos años, de las menos religiosas del mundo» (p. 77).

Los elementos más influyentes culturalmente en España habían sido las órdenes religiosas, y su crisis decimonónica fue en gran medida causa de la crisis cultural española. Dominicos y agustinos apenas si se recuperaron, lo que dejó a los jesuitas el predominio casi absoluto en el panorama cultural católico a comienzos del XX: «Como en los siglos de los Austrias lo fuesen de la nobleza, a lo largo de la primera mitad del siglo XX los jesuitas que se convertirían en los educadores por excelencia

de una burguesía colocada en los puestos de dirección de las principales manifestaciones de la sociedad de la época» (p. 23).

De esta afirmación se desprenden algunas consecuencias: «Como se verá más adelante uno de los más importantes movimientos confesionales españoles de signo laico –la ACNP [Asociación Católica Nacional de Propagandistas]– estuvo casi por entero impregnado de la cultura jesuítica, que, por lo demás, reinaría sin oposición –salvo la representada, se insistirá, por los Marianistas– en los medios de la burguesía católica hasta la aparición y afianzamiento del *Opus Dei* [*sic*, el autor lo escribe en cursiva]; lo que explicará aquel enconado duelo entre ambas congregaciones hasta el post-concilio» (p. 24).

Al margen de la imprecisión canónica que hace del *Opus Dei* una congregación, hay otra histórica. En efecto la prevención o animadversión de algunos jesuitas hacia la Obra de la que el autor deduce un «enconado duelo» institucional, data de los primeros años cuarenta: fue previa por tanto a la existencia de labores apostólicas del *Opus Dei* dedicadas a la enseñanza. Cuenca pasa por alto la cronología para que la explicación encaje en su esquema interpretativo, debilitando así la solidez de su interesante argumentación. No insistirá en ello, porque cuando hable de la contribución del *Opus Dei* a la cultura no se referirá a los centros de enseñanza secundaria. Este tipo de saltos es frecuente en el libro.

Vayamos, pues, a ese capítulo segundo dedicado monográficamente a la contribución de la ACNP y el *Opus Dei* a la cultura española: «Con el fundador de la ACNP y el núcleo inicial de sus correligionarios cabe decir –con alguna licencia para la rotundidad de la expresión– que nace la cultura española de la coadura confesional más receptiva a su marco histórico y más consciente de su valor legitimador, como también de la función social de la inteligencia» (p. 137). Cuenca hace de la actividad de su principal protagonista, Ángel Herrera, el eje de su argumentación y destaca su creencia en que la cultura depende fundamentalmente del periodismo, siguiendo en esto a Pío XI (pp. 141-142).

La otra gran ilusión de Ángel Herrera habría sido la organización de un partido confesional, meta que las circunstancias históricas frustraron: naufragó en la II República y resultó ya imposible en tiempos de la Transición, «trance amargo, incuestionablemente, para aquellos que, de acuerdo con la tradición más arraigada en el catolicismo hispano contemporáneo, cifraban en el dominio del poder el instrumento insustituible para la implantación de una cultura que arrebatase su prevalencia a la de orientación laicista» (pp. 140-141).

Los tiempos más brillantes de la ACNP habrían sido, según Cuenca, anteriores a la guerra. Después de esta, la asociación habría vivido con menos ímpetu y menos logros: «En el campo cultural, la primera y más profunda impresión es la de la frustración. Salvo excepciones muy contadas, todos los proyectos de cierta ambición naufragaron pronto o se quedaron a mitad de camino de sus metas» (p. 154).

Y así enlaza el autor con su valoración de la aportación del *Opus Dei*, con un salto en el tiempo que le permite hablar de los años posteriores a la guerra. Lo hace seña-

lando lo que él piensa que fue elemento común entre las dos instituciones: «Tanto la Asociación como el Opus Dei, en su andadura novecentista, tuvieron constantemente la obsesión porque su obra admitiese cotejo y, a más a más, superase la realizada por la ILE [Institución Libre de Enseñanza]» (p. 162). Otra vez una tesis interesante, pero reduccionista. Parece hecha a medida para confirmar su idea de que todo ese empeño nace del victimismo. Es difícil de demostrar, Cuenca ni se acerca a documentarlo. Pero afirma que el modelo que seguiría Escrivá sería el institucionista, «cuyos mecanismos procuró conocer con la mayor meticulosidad» (p. 163). Seguramente los conocía bien, pero dudo que pueda afirmarse que dedicara a su estudio tanto empeño como aquí se supone.

El autor resume audazmente los planteamientos culturales de san Josemaría así: «trazó [...] un organigrama de actuación educativa y cultural que, recogiendo con fidelidad el espíritu de la España tradicional, ofreciera una lectura moderna y atractiva del vasto y esplendente movimiento que, en todos los puntos cardinales de las artes y las ciencias, mostraba la Europa de la posguerra mundial. [...]. Salido de un hogar del patriciado rural venido a menos, la obsesión del P. Escrivá por barrer cualquier presencia del fondo ancestral agrario de la civilización hispana se reflejará en todos y cada uno de sus actos y gestos» (p. 163); y «La más importante especificidad quizá que mostró en el planteamiento cultural del *Opus Dei* cara al sostenido por ACNP estribó en la actitud ante la prensa» (p. 164).

Para aceptar estos postulados de Cuenca habría que dejar de lado lo que conocemos de las principales preocupaciones de Escrivá (de las que las acciones culturales fueron solo un eco), su importante interés por el mundo rural, y su especial atención a la vida universitaria. Es decir, deberíamos desconocer su biografía. Con todo, puede que sus afirmaciones no carezcan de interés al aflorar intuiciones que podría valer la pena explorar.

Desde esos presupuestos el autor concluye, entre otras cosas, que ha habido dos grandes líneas de influencia del Opus Dei en la cultura española: la Universidad de Navarra, y la acción en el mundo de la prensa y editorial. De la primera afirma que, pese a sus importantes logros, sobre todo en volumen de producción, no ha conseguido equilibrar el influjo laicista del mundo secular. Y esto a pesar del enorme esfuerzo realizado: «Si España estuvo muy lejos de ser por aquellas calendas de la posguerra el erial que se ha escrito ignara y gratuitamente, se debe en elevada proporción al trabajo –penetrado de confianza en los destinos del país– de autores e investigadores incluidos en el planeta del *Opus Dei*» (p.172). Como se ve, Cuenca incluye en el afán universitario de las gentes de la Obra su trabajo fuera de la Universidad de Navarra, pues se refiere en el balance a tiempos en los que esta no existía.

En el mundo editorial, en cambio, piensa que una novedosa aportación del trabajo de las gentes de la Obra habría sido su interés por la estética y el sentido comercial, y esto le sirve para empezar a hablar de prensa y ediciones. Mencionaré dos apuntes sobre el asunto que ilustran sobre dos extremos de la argumentación del autor. Primero, afirma que la editorial Rialp fue «la empresa cultural de mayor tras-

endencia cualitativa de la corriente cultural de la que nos ocupamos» (p.174), y dentro de ella destaca la colección «Biblioteca del Pensamiento Actual». Segundo, sostiene que «[La *Actualidad Española* fue] fragua y espejo del amplio estamento periodístico incardinado en la órbita opusdeística –tiempo después, en 1979, llegó a contabilizarse con verosimilitud su extensión en 694 publicaciones, 52 emisoras, 12 productoras de cine y 38 agencias informativas– [...]» (p. 173). El autor no menciona la fuente de esta sorprendente afirmación. Desde luego, si se refieren a España los datos son, sencillamente, imposibles. Pienso que valen las dos citas para caracterizar sus razonamientos: mención de lo concreto, las más de las veces constatable pero otras no, y afirmación de conjeturas que desbordan los datos, y que a veces se toman por conclusiones.

El autor afirma que ese esfuerzo en materia de publicaciones periódicas tuvo una impresionante impronta en la cultura nacional, especialmente en las clases medias, durante 25 años. Sin embargo no consiguió desplazar en la (alta) cultura dominante a los sectores progresistas que continuaron monopolizándola. En el ámbito de la cultura intelectual confesional y eclesiástica sostiene que la influencia del Opus Dei ha sido de tono menor, con la excepción del Derecho Canónico de la mano de Pedro Lombardía. Y para el conjunto, resume: «Con ser estimable en el plano global y destacada en facetas específicas –la del periodismo de la segunda mitad del siglo, como ejemplo refulgente–, la cultura en el haber del *Opus Dei* no ofrecerá un perfil sostenido y elevado. En una panorámica general, su savia se descubre de sólito tan anémica en fuerza creadora como el catolicismo coetáneo en su conjunto. De ahí, por ende, su falta de penetración en los estratos decisivos de la cultura laica, con la excepción quizá de los educativos, en los grados primario y medio» (p. 183).

Termina este capítulo con dos apostillas: la paradoja que en el mundo del periodismo supone que «contribuyendo en grado insuperable al aprendizaje de los profesionales de la información a través de su formidable Facultad de Periodismo pamplonica, la axiología de la mayoría de éstos se ofrecería a leguas de distancia de los valores y enseñanzas recibidas en su recinto» (ibid.); y el problema de no poder cuantificar el trabajo que los miembros del Opus Dei realizan en instituciones no vinculadas a la organización. Es una breve mención de un problema largo y fundamental, que no había sido siquiera mencionado antes y que está en la raíz de frecuentes imprecisiones.

No hay espacio para detenerse en un análisis pormenorizado del resto de la obra, y deberé conformarme con el apresurado resumen que hice de sus tesis. En lo que se refiere a la historia del Opus Dei pienso que el autor llama al estudio y reflexión sobre un tema difícil. Es una lástima que la voluminosa aportación de datos no vaya acompañada del orden, la valoración crítica y la precisión necesarias. Quizá hubiera ayudado mencionar algunos trabajos que han calado en estos asuntos más de lo que él puede hacer en uno de síntesis como este. Pero quizá no era eso lo que buscaba el autor, convencido de que *su interpretación* era capaz de abarcar *todos* los hechos. El resultado es, a mi parecer, muy endeble. La sucesión de argumentos faltos de apoyo

en los hechos resulta problemática para cualquier trabajo histórico, pero si los contradicen, el efecto es demoledor. El lenguaje, además ayuda poco a comprender la obra, y la estructura parece insistir en alejarse de la claridad.

Con todo, la obra tiene el valor de plantear una visión muy personal de las relaciones entre Iglesia y cultura en España, asunto que seguirá precisando nuevos estudios históricos para esclarecer una realidad tan rica como de interesante discusión.

Pablo Pérez López

José Luis ILLANES – Alfredo MÉNDIZ (eds.), *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, edición crítico-histórica, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2012, 573 pp.

Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer es el tercer libro que ve la luz dentro del gran proyecto de edición crítica de las obras de san Josemaría Escrivá de Balaguer. Le han precedido *Camino* y *Santo Rosario*, a cargo del prof. Pedro Rodríguez.

Nos encontramos ante unos textos del fundador del Opus Dei que tienen rasgos propios. *Conversaciones* no es un libro como *Camino* o *Santo Rosario*, con frases breves que sirven de ayuda para la meditación y que están al alcance de todos. Ni tampoco como *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*, compuestos por una serie de homilías en las que san Josemaría comenta puntos centrales de la fe y de la moral cristianas.

En *Conversaciones* nos hallamos ante un libro que toca temas teológicos, jurídicos y antropológicos relacionados con la vida de la Iglesia, la naturaleza jurídica, la organización del Opus Dei, el papel de los laicos en la Iglesia y en el mundo, la libertad cristiana, etc. En alguna entrevista, como la concedida a *L'Osservatore della Domenica*, las cuestiones de la vida de la Iglesia ocupan amplio espacio. Otras, como las de *Gaceta Universitaria* y *Telva*, se ocupan de la cultura y la universidad, o de la mujer y la familia; en ambos casos las respuestas de san Josemaría están muy elaboradas. Quizás por eso *Conversaciones* sea un libro menos leído que *Camino* y *Santo Rosario*. Se distingue por ser una exposición muy pensada, profunda, rigurosa y a la vez divulgativa (son entrevistas) de cuestiones centrales de la vida cristiana, del espíritu del Opus Dei y del conjunto de las enseñanzas de su fundador. No es que en *Camino* o *Santo Rosario* falte toda esa riqueza; pero podríamos afirmar que se contiene de un modo más «impresionista», menos argumental.

Haber puesto de relieve la sólida unidad interna de *Conversaciones* es quizá la primera aportación destacada de esta edición. El libro original podría parecer, en una primera aproximación, una mera recopilación de entrevistas, sin hilazón entre sí, como la recolección de artículos que hacemos los académicos para después publicar un libro. La unidad argumental de tales obras a veces se resiente y otras ni siquiera se pretende. Pero no ocurre lo mismo con el libro que comentamos.